

Qué hubiera pasado

O Franco

Image not found.

Capítulo 1

Qué hubiera pasado.

Enterarte que vas a morir es algo se siente antes de que ocurra. Es una verdad que se te revela desnuda en los últimos segundos que te quedan de vida, en esos pocos instantes cuando el final es inminente.

Sucede entonces, quizá por miedo, por evasión o simplemente por esperanza, que tu mente comienza a transformar esa revelación en una única pregunta que te inunda de forma desbordada. Es como si tu cuerpo se olvidara de llenar con aire los pulmones y se centrara en llenar el cerebro con tres palabras: "qué hubiera pasado".

Así es como estás en este momento. En una calle oscura, rodeado de casas con múltiples ventanas que, cual enormes ojos, te observan con una mezcla entre espasmo y compasión. Puedes imaginarte cómo esas cuadradas miradas intentan sin éxito cerrarse para no ver lo que te sucederá.

Estás tratando de hacer un esfuerzo sobrehumano para desconectar tu mente del cuerpo pero no lo consigues porque es precisamente éste el que con grandes oleadas de pánico te grita que estás aquí, en medio de la noche.

Sientes cómo la humedad del suelo se filtra por tus zapatos hasta alcanzarte las rodillas, percibes cómo avanza en una marcha lenta cruzando tu tórax hasta llegar a la nariz y llenarla suavemente de una esencia a podredumbre y olvido.

Alrededor nada se mueve. Tus ojos sólo alcanzan a ver sombras pasmadas en medio de más sombras. Te resulta todo tan macabro que puedes ver cómo la oscuridad va tragándose todo lo que está cerca e incluso todo lo que pudiera pasar por allí. No ves un alma, no ves un animal. Nada.

Sólo estás tú, sintiéndote impotente al ver cómo el tiempo avanza mientras algo en tu interior intenta que cada segundo dure lo que un minuto y ese minuto lo que una hora.

Sin saber si es por la adrenalina o por sugestión de pronto te das cuenta que el tiempo aminora su marcha y eso te da un efímero consuelo. Te preguntas qué habría pasado si anoche no hubieras saludado a Carolina y a su hermano en el restaurante. ¿Hubieras llegado a casa un par de minutos antes o hubieras tenido algún otro encuentro casual que de manera inevitable te llevara a tomar la misma decisión de dejar hoy tu

hogar a las siete de la tarde en punto?

Dudas si de no haber sido ésta la historia, aún así, algo más te hubiera convencido de salir la noche del treinta y uno de octubre. A lo mejor la falta de pan que te habría llevado a una tienda o quizá justo la decisión de iniciar con las caminatas nocturnas que traías en mente hace semanas.

Sientes tu cerebro acelerado intentando explotar al máximo el tiempo que te queda. A diferencia de lo que aquellos que han estado a punto de morir dicen, no estás recordando lo que has vivido. No ves pasar las imágenes de los momentos felices de tu vida. No piensas en tus errores ni te arrepientes de ellos. Sólo sigues dando tumbos entre las posibilidades que quedaron atrás.

¿Qué hubiera pasado si hoy con una disculpa cualquiera, en lugar de ir a tu cita hubieras optado por tumbarte en el sofá a ver la televisión? Seguramente estarías usando tu sudadera gris favorita y esos pantalones azules desgastados que cada tarde anhelas ponerte al llegar a casa. Nadie te hubiera notado, nadie te hubiera seguido.

Repasas los hechos: de entre toda la gente de la ciudad que regresaba a casa, fuiste tú quien se metió en esta calle. Dejaste a un lado tu instinto de conservación por unos segundos y no te percataste que estaba terriblemente sola. Estás aquí y ahora. A un minuto después de hacerte consciente de la existencia de unos pasos caminado en sincronía con los tuyos como queriendo ocultarse. A dos segundos de haber sentido el frío de una mano extraña que jaló tu cuerpo hacia atrás, haciéndolo girar sobre su propio eje.

Tu mente sigue en marcha. La pregunta del hubiera se queda atrás y todo se vuelve ahora una serie de órdenes fuera de tiempo: idebiste salir del restaurante saludando con una mueca!, idebiste mantener el movimiento de tus piernas olvidando por un momento ser cortés!, idebiste optar por disculparte al otro día y culpar a un malestar cualquiera! Es más, idebiste acercarte y saludar pero jamás aceptar una invitación a salir hoy! Por Dios, nunca has sido del tipo de personas que salen a bares entre semana... idebiste mantenerte así!

De pronto te percatas que no sientes más el aire frío de la ciudad. De forma extraordinaria, a pesar de estar a una baja temperatura, te haces consciente de cómo tu sangre corre desde el pecho hasta los pies, de los pies a la cabeza y de la cabeza al pecho. Y percibes claramente cómo va calentando internamente cada uno de los órganos en su recorrido. Lo sientes y olvidas por unos segundos las posibilidades que dejaste atrás.

Si no hubieras cambiado tu rutina semanal por una romántica ilusión, seguramente verías sin ver esta calle desde la ventana de tu cuarto. Sería tan sólo un lejano resplandor amarillo en la línea que divide los tejados del

cielo. Tú cuerpo estaría cómodo manteniendo un calor constante que ni siquiera percibirías, que no valorarías como lo haces ahora.

Sientes nuevamente la presión de esa mano extraña que tira de tu brazo hacia un robusto cuerpo. Estás imaginando lo que va a suceder, estas temiendo lo que va a suceder y repentinamente tu cerebro detiene su marcha.

Hueles una loción que te resulta familiar. Y con ese estímulo tu mente evoca una escena reciente en donde la flama de una vela baila al compás de un sonsonete. Por algo menos que un momento te olvidas de la peste urbana y hueles múltiples especias aromáticas mezcladas con notas frescas de tomate y queso mozarella.

Recuerdas tres risas acompasadas. Tres risas de tres camaradas haciendo bailar las frases que salen de sus bocas. No las entiendes pero te son familiares. Y entre esas risas escuchas la voz de una mujer que llena de picardía dice: "te presento a Gabriel".

De pronto todo se borra y vuelves al presente al sentir una punzada aguda en el vientre. Es un dolor que divide tu cuerpo en dos y tu alma en seis o siete gritos desgarradores que no alcanzan a salir por tu garganta.

Bajas la mirada y alcanzas a ver cómo un objeto frío sale de tu estómago entre las telas que lo cubren. Te parece ver por un instante cómo éste muestra un tenue brillo de color rojizo metalizado. Vuelves a sentir el calor de tu cuerpo, pero ahora fluyendo hacia el exterior, con un recorrido distinto.

Te haces consciente que estás en un punto en el que da lo mismo si tu cuerpo es aventado al pavimento o masacrado doce o quince veces más. Tu mente de manera indiferente retoma su marcha y se refugia en el insano placer de conectar los hechos que te llevaron allí esta noche, intentando encontrar las razones de lo que está sucediendo. Buscando desesperadamente caer en la cuenta de que esta historia no era tuya sino de alguien más. De intentar saber por qué hoy, por qué tú.

Retomas la simple pregunta: qué hubiera pasado si no estuvieras aquí en este momento y poco a poco te vas hundiendo en múltiples alternativas que no se materializaron. Sientes cómo un cansancio se apodera de ti y dejas que tu cuerpo se relaje debido a la resignación.

Ya sin emoción, tu mirada alcanza mis ojos y entiendes todo: tu última cita fue con un psicópata. Fue conmigo, el hermano de Carolina.